

Guillermo Serés. *Historia del alma (Antigüedad, Edad Media, Siglo de Oro)*. Madrid: Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Galaxia Gutenberg, 2018. ISBN: 978-84-09-04113-8. 448 pgs.

Reviewed by: Antonio Cortijo Ocaña
(University of California, Santa Barbara)



Tenemos entre manos un libro de título ambicioso que anima al lector a su lectura, quizá esperando encontrar en él secretos y arcanos que le conduzcan a un mejor conocimiento de sí mismo, quién sabe si hasta con propósitos anagógicos, místicos o místéricos que le conduzcan a un reposo iluminado. El libro no defraudará y al menos quien esto escribe lo ha querido leer como una continuación o complemento a *La transformación de los amantes*, aquel concienzudo esfuerzo de análisis y *summa*, erudito pero íntimo, con que Serés ya desgranara su gran saber y amena exposición de los vericuetos de la reflexión occidental sobre la *charitas*.

En 10 capítulos se repasan los intersticios de alma según los filósofos, pensadores, médicos y místicos construyeron paulatinamente desde la época grecorromana a la neoescolástica un sistema articulado de concepción metafísica y biopsicológica del ser humano en sí y dentro del esquema de la creación, para difuminarse después, desde Descartes en adelante, en otras reflexiones que llevarán a la fenomenología, la neuropsicología y la inteligencia emocional, que escapan ya al propósito del libro.

Los capítulos en cuestión son “El alma en la Antigüedad grecolatina y la Edad Media europea”, “El premio de la inmortalidad”, “La *summa* emotivo-racional”, “Cuerpo, alma y espíritu: Erasmo y la tradición renanoflamenca”, “El espíritu desde la medicina, la filosofía natural y la teología”, “El reflejo de la belleza universal”, “La apasionada mística: Santa Teresa y sus ‘trampas’”, “San Ignacio y el ‘intelectivo’ jesuitismo con Suárez al fondo”, “Las cuatro ‘muertes’ del alma” y “El nuevo escepticismo. La suma cartesiana y su proyección”.

El alma sensitiva, vegetativa e intelectual de la tradición clásica, la que va desde la concepción homérica y presocrática a las reflexiones platónica y luego aristotélica, supone un intento de conceptualización del cuerpo y sus funciones (guiado por su reproducción y permanencia), de las pasiones y emociones (incluso en su vertiente desaforada o melancólica) y de la parte inmortal del ser humano. A ello subyace una conceptualización biopsicológica y otra cognitiva, en el fondo una y la misma, que intenta responder al cómo y por qué de la actuación

humana y al principio del conocimiento, o relación entre la realidad sensorial y el mundo de la reflexión noética. En el Génesis bíblico se producirá la divinización del *pneuma* o *spiritus* haciendo que el *eidolon* cristiano no sea tanto “la imagen de un hombre que teme desaparecer en la oscuridad del Hades, sino la imagen de Él mismo que Dios ha puesto en el hombre” (18). El alma como *scintilla* o impresión de la luz astral (divina o no) en nosotros podrá verse en un contexto de anamnesis (Platón), que conoce retornando a un principio primero (*exitus – reditus*), dejando que la parte irracional del alma quede expuesta a las vacilaciones de la *ira* o la *cupiditas*; o bien podrá conceptualizarse, en su nivel superior, como un intelecto agente (Aristóteles) que se niega a separar lo corporal de lo intelectual, uniendo indefectiblemente biología y psicología. Con ello se logra comprender en qué consiste el proceso de abstracción que el ser humano produce a nivel intelectual, ejecutado sólo “por una facultad que pueda abstraerse a los condicionantes de lo sensible, capaz de recibir todas las formas, como la tablilla de cera predispuesta para la escritura [*tanquam tabula rasa*]” (49). En este proceso es crucial la conceptualización de la *phantasia* y/o *imaginatio*, o de qué modo se despoja a las imágenes extraídas de los sentidos de toda su materialidad hasta llegar a la cogitativa. O bien, en la tradición agustiniana (y luego de Santo Tomás), se intentará distinguir entre el conocimiento procedente de lo sensible (a través de la fantasía) y el que consiste de la aprehensión directa de los universales o de las *especies infusas*, insistiendo además en la idea de la inmortalidad e individualidad del alma. Aunque la doctrina cristiana del alma se acerca más al Estagirita que a Platón, desde Santo Tomás (o hasta llegar a Fox Morcillo, etc.) se intenta una concordia entre los dos, haciendo de la infusión un hecho milagroso e inexplicable. En suma, la elevación por encima de lo terreno que se opera gracias al alma hace que el animal-hombre acabe convirtiéndose en ángel y, “unido a Dios, hácese un dios en cierto modo” (101). El cuerpo, igualmente, pasa, en las doctrinas sobre el alma, de entenderse como *cárcel del alma* a verse, caso de Vives, como una habitación de la misma, “la condición necesaria para que el alma intelectual haga su función, corrigiendo los sentidos y abstrayendo la ‘materialidad’ de la imaginación y la memoria” (105). Y, a la par que la reflexión sobre el compuesto o mixto humano se centra en materia cognitiva, el lado psicológico hace derivar el interés a la conducta, la actuación, meta paralela a la del conocimiento, guiada, como debe, por los principios de la voluntad y el libre albedrío (no exactamente lo mismo), pues el segundo implica la conjunción de voluntad más razón, distinguiendo de añadidura entre una razón práctica, cuyo fin es la obtención del bien, y una contemplativa, cuyo fin es la verdad.

Capítulos más breves son los siguientes (a partir del 4), donde se analiza, por ejemplo, la relación entre cuerpo, alma y espíritu en Erasmo (del *Enchiridion* a la *Querela pacis*), concluyendo que el flamenco defiende la necesaria concordia de cuerpo y alma, “señalada con la voz *societas*” (139) que nos remite al desideratum *pacífico* con aplicaciones sociales. O se estudian las aportaciones de la medicina, empezando con Vesalio, que clasificó y sistematizó “aquellas funciones y competencias anímicas [...] [para demostrar] la hipótesis de la existencia de una circulación espiritual que vinculase las tres almas y sus respectivos órganos (vientre, corazón y cerebro), de modo que no se intuyesen como compartimentos estancos, sino estrechamente relacionados” (146) con el objeto de vincular indefectiblemente las emociones, a través de los espíritus, con las reflexiones. Serés nos va dejando pequeñas joyas de análisis, como su disquisición sobre el papel de la lectura (ficcional) como experiencia emotiva (105 y ss.), o el análisis de la música como símbolo de la armonía cósmica y del alma (171 y ss.), pues la música “aprehendida sensitivamente, se sublima en el alma intelectual, donde intuye otra música, la divina” (172), que vuelve así al lugar de donde partió en buena tradición platónica (*exitus – reditus*), o los ejercicios de reflexión y voluntad de Santa Teresa y San Ignacio, ya sea dejándose

sumergir, con docta ignorancia, en una celestial locura o forzando los estados de ánimo para adaptarlos a la meditación (y a la oración y contemplación), fiando la salvación a la potencia del alma más asociada a la *caritas*: la voluntad. Llegamos así a la superación de las cuatro muertes del alma (*hesychia*) (espiritual, natural, transformatoria, eterna, según Pérez de Chinchón), donde puede jugar un papel crucial la imaginación melancólica, capítulo que permite a Serés un análisis finísimo sobre la prevalencia del libre albedrío (intelecto y voluntad) por encima de la complejidad melancólica y su conexión con el ingenio, la agudeza, la genialidad y la inspiración, de indudable aplicación al loco manchego (ver el cuarto tipo de muerte asociada a la edad en que se vive más para el recuerdo que para la esperanza, 231).

Un nuevo escepticismo se abre a partir de Montaigne y Descartes, con un renacimiento de Epicuro y Lucrecio, cuando se ponen “en entredicho la inmaterialidad del alma y el dualismo de las sustancias” (241), negando en suma que el alma sea el principio de todos los movimientos y afirmando que la *res cogitans* (entendimiento) sea independiente del cuerpo. Serés deja someramente indicado el devenir de la reflexión filosófica sobre la materia, afirmando que con ello se avanza hacia la “fenomenología, la neuropsicología y la inteligencia emocional” (256), campos que se salen ya fuera del libro que reseñamos:

Mientras la reflexión laica de los iluministas se orienta hacia una psicología analítica de tipo lockiano, Votaire, Condillac, Buffon, Maupertuis, Diderot y Helvétius renegarán del dualismo cartesiano y acogerán la hipótesis de la “materia pensante”, hibridando aquella división entre *res cogitans* y *res extensa*. Desde los problemas de las dos sustancias y el nexa que las une, los investigadores irán hacia el terreno de lo empírico del funcionamiento y del comportamiento de la psique, o hacia el terreno de la razón pura de Kant. (256)

Pero el libro sobre el alma de Guillermo Serés no es sólo una *summa*, sin duda heredera en gran medida de las de Santo Tomás, San Buenaventura, Vives o Suárez (por cierto, utilizadas con profusión por Serés). Es, quizá por encima de todo ello, un ejercicio de análisis literario. Serés demuestra su enorme sabiduría sobre la literatura de los siglos XIV, XV, XVI y XVII trayendo a colación desde don Juan Manuel o Pero López de Ayala hasta los últimos ejemplos literarios utilizados, Calderón y sor Juana. Entre medias se pasa revista a los Aldana, Figueroa, Herrera, Valdés (Alfonso y Juan), Lope, Celestina, Cervantes, Bocángel y un larguísimo etcétera de figuras de mayor o menor calado. Entre ellas, a título personal, me quedo con el ponderado y fino análisis de la *manía* quijotesca, de la que Serés ha escrito con profusión en otras ocasiones (en particular sobre la ira justa).

El lector encontrará muchos más temas y subtemas analizados con profusión y magnífica pluma por Serés. El alma libre de ese compuesto o mixto que es el hombre, los mecanismos de la alegría, dolor, esperanza y miedo, se sacralicen o no por la llegada del Hijo de Dios, las imaginaciones, recuerdos, emociones y pasiones, las turbulencias del alma, la posibilidad y mecanismo del conocimiento de la realidad y las abstracciones, todo ello es objeto de esta muy sabia reflexión que, como indica el autor en su Prólogo, fue recogida con acierto por Rubén Darío al describir lo humano como un “ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto”:

...pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.